

LOPE DE AGUIRRE, EL MONARCA DEL AMAZONAS QUE SOÑO PERU

Por MANUELA CANTON DELGADO
Dpto. de Antropología Social y Sociología.
Universidad de Sevilla.

«Vended caras vuestras vidas, que la historia la escribe el que gana, y pondrá laureles en vuestras frentes, y la moral la hace el señor, y no el vencido, y señores seremos, y no sólo serán olvidados vuestros desmanes, sino que glorificados seréis por ellos, y yo mismo, aquí donde me véis, ensalzado y loado seré por cada uno y por todos mis crímenes.»¹

Ni fuiste señor ni escribiste la historia, tus desmanes no se olvidaron y jamás te ensalzaron por tus crímenes. Pero aunque fracasaste, muchos han escrito sobre ti; mal te ha silenciado la Historia. Lo que dijiste, lo que de ti y de tu sueño de conquista dijeron tus marañones, lo que después han escrito historiadores y novelistas inspirados con mejor o peor fortuna por esa fascinación que despiertas y te vuelve inmortal: las novelas y las crónicas se entremezclan hasta dibujar tu perfil. Tal vez son una y la misma ficción. Tal vez ni se te parecen. Por eso las he mezclado.

«Era este tirano Lope de Aguirre hombre casi de cincuenta años, muy pequeño de cuerpo, y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que, si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especial cuando estaba enojado. Era de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras. Fue vizcaíno y según él decía, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. No he podido saber quién fuesen sus padres, más de lo que él decía en una carta que escribió al rey don Felipe, nuestro señor, en que dice que es hijo-dalgo; mas juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y perverso, que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud»²

¹ R. J. SENDER.: *La Aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Ed. Bruguera. Barcelona, 1982, pág. 400.

² Francisco VAZQUEZ: *Jornada de Omagua y Dorado*. Miraguano Ediciones. Madrid, 1979, págs. 147-148.

Tras una estancia de duración desconocida en Sevilla, esperando un permiso para embarcar que había de otorgarle la Casa de Contratación, partió hacia tierras americanas. Se alistó como labrador, pero su firme propósito era el de ser soldado primero al servicio de la corona. Más tarde al servicio de sí mismo.

Llegó al Perú hacia 1538, cuando contaba unos veinticinco años de edad. No está clara su participación en las Guerras Civiles del Perú, ni el lado del que estuvo. Fracasada la conspiración en la que participó junto con Melchor Verdugo para liberar al virrey Blasco Núñez Vela, hubo de huir llegando hasta tierras de Nicaragua y Panamá. Volvería a Perú. De él se alejaría y a él volvería una y mil veces. En Cuzco había conocido a Cruspa, la india de ojos desdichados; en Cuzco nació Elvira de la unión entre ambos; en Cuzco soñó con dejar la vida de soldado y cambiarla por la de pacífico comerciante, por la casa que él mismo construyó, por Elvira, Cruspa y los caballos³. Perú fue el principio y el fin. Soñando con volver a él para emanciparlo de la Corona como él se había emancipado, murió.

En 1551 decidió alistarse en una expedición al territorio de Tucumán, con el cargo de capataz de una de las últimas cuadrillas. Una veleidosa aplicación de ciertas leyes llevaron al licenciado Esquivel a castigar al vascongado por sobrecargar a sus indios. Doscientos latigazos fueron descargados sobre su espalda. «No volveré a vivir jamás la vida de hombre humano hasta tanto no haya vengado gota a gota la ofensa que me han hecho... Este arrollo pegajoso que me humedece la espalda no secará, esta llaga que me desgarrar el ánima no hallará cicatriz, mientras mis ojos no hayan visto correr hasta mis pies la sangre de quien tan inicualemente derramó la mía»⁴. Incansable y tenaz, dos años y cuatro meses tras el verdugo, varios miles de kilómetros de venganza silenciosa, paciente, hasta clavar un fino estilete en la sien del infortunado Esquivel. Se ordenó su captura. Teñido de negro huyó del Cuzco y se refugió en Huamanga.

El cojo Aguirre

En 1553 se unió a la rebelión de Sebastián Castilla en Charcas. Fracasó. Se hallaba condenado a muerte y buscó refugio en las fragosi-

³ Cruspa es el nombre que Otero Silva da a la madre de Elvira.

⁴ M. OTERO SILVA: *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*. Seix Barral. Barcelona, 1979, pág. 62.

dades de los Andes. Pero el diablo Aguirre era listo y aunque sus desengaños eran ya muchos, aún le quedaba demasiado por hacer. En 1554 se alistó en el ejército de Alonso de Alvarado para sofocar la rebelión de Hernández Girón. Se había prometido el perdón real, pero a cambio de él se le encomendarían las más arriesgadas tareas. El precio que hubo de pagar le dejaría visiblemente cojo y casi manco para toda la vida: en el combate de Chuvinga recibió dos arcabuzazos en la pierna derecha.

Hastiado, pero no vencido, Aguirre regresó al Cuzco. «Toqué la puerta de la casa, al tercer aldabazo abrió mi niña Elvira y rompió a llorar, imaginé que lloraba de verme la cara chamuscada y las manos como tizonas, de verme caminar hacia ella cojeando, casi arrastrándome infinitamente viejo, mas no lloraba mi niña por eso, lloraba porque Cruspa, su madre, había muerto el año pasado y yo no lo sabía, unas ardientes fiebres frías se la llevaron de este mundo en menos de una semana (...) sin quejas (...) como mueren los de su raza (...). La tumba de Cruspa es una laja gris con una cruz torcida levantada en su cabecera, por entre las grietas asoman dos lirios amarillos y tristes (...) nacidos de sus huesos.»⁵

Había luchado con pasión en Panamá, en Nicaragua, en Perú. Y no poseía nada. Hacia 1559 comenzó a organizarse una expedición encargada de buscar el mítico Eldorado. Lope de Aguirre se alista.

Una aventura apocalíptica: El Dorado o la callada venganza del indio

A Sebastián de Belalcázar, tras la conquista de Quito, le fue revelado un secreto exuberante: «El país de capital Manoa, cien veces más rico que el Perú, gobernado por el príncipe Quarica, mil veces más cubierto de oro que Atahualpa. Las tierras de los Omaguas son valles tan fértiles como el paraíso perdido por Adán; las aguas de un inmenso lago espejean el temblor de ciudades fabulosas; en los templos se adoran jaguares de oro con pezuñas de rubíes y ojos de diamantes»⁶. Es preciso seguir los pasos de Orellana, adentrarse en la selva, ese colosal infierno verdinegro, y un río ante el que se postran todos los del universo, el río de las Amazonas.

⁵ *Ibid.*, pág. 95.

⁶ *Ibid.*, pág. 101.

Los españoles no marcharon a las Indias para sudar la tierra o domar caballos, sino para hacer riqueza de la manera menos ingrata posible. Esta codicia reclutó ingenuos que se alistaban esperanzados en odiseas de fábula. Llegaban a arriesgar luengas sumas de dinero a cambio de una ficción. Y sus vidas, que no pocos las perdieron: «Allí era de ver todos los soldados tristes y pensantes, en ver quedar sus caballos tan queridos y regalados, sus ganados, ropa y hacienda, que era gran lástima de verlo; y todo esto lo recibían con buen ánimo, porque esperaban verse dentro de un mes, como decían las guías, en la mejor y más rica tierra del mundo»⁷.

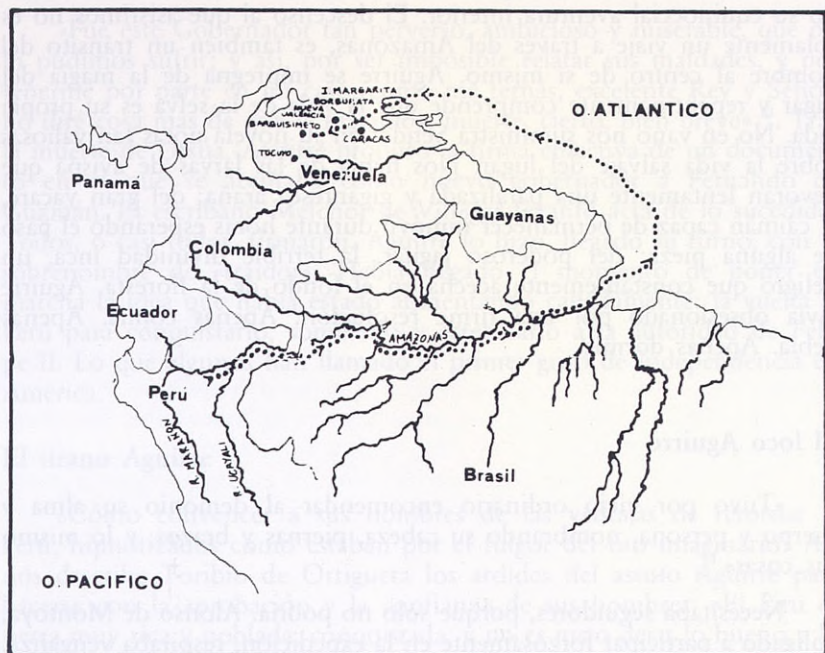
Las empresas eran fomentadas por las retribuciones de la Corona para promover la colonización de las Indias, y por la política de expansión que permitía la apropiación de recursos naturales y la posibilidad de utilizar indiscriminadamente mano de obra indígena. Añádase a ello la lucha espiritual, el carácter de «cruzada» que adquirían buena parte de estas expediciones.

Mandaba la expedición don Pedro de Ursúa, «gran servidor de su magestad, muy de veras buen soldado en todas las cosas y casos que en su tiempo se ofrecieron (...) muy general en todas las armas y cosas de virtud y disciplina militar, y en general en conquistas y descubrimientos de indios (...) galán, gentil hombre y bien traído, de mediana estatura y bien proporcionado, aunque un poco adamado (...) lindo rostro (...) barba taheña y bien puesta; de muy buena y afable conversación; muy inclinado a las cosas de misericordia y caridad»⁸. Descripción inverosímil por lo impecable del perfil, lo adulator, y lo que en ella iba de hipócrita y asustada disculpa; la crónica del marañón superviviente Toribio de Ortiguera resulta pueril y tendenciosa, aunque está considerada como una de las más interesantes para conocer quiénes fueron los marañones y quién su caudillo, por lo pormenorizado y meticuloso del relato.

El resto de los expedicionarios eran soldados procedentes del Perú sobre cuya idiosincrasia tanta tinta se ha vertido. Nada tenían que perder. Aguirre zarpó con ellos llevando a su hija Elvira que, tras la muerte de su madre, había quedado sola en el Cuzco. La llevó con él

⁷ Elena MAMPEL GONZALEZ y Neus ESCANDELL TUR (Eds.: Lope de Aguirre. Crónicas (1559-1561). Crónica de Gonzalo de Zúñiga. Editorial 7^{1/2}. Universidad de Barcelona, 1981, pág. 7.

⁸ *Ibid.* Crónica de Toribio de Ortiguera, págs. 34-35.



Itinerario.

porque era todo lo que tenía y porque la quiso. Nos la describe Gonzalo de Zuñiga: «Élvira, hija del cruel tirano, que era mestiza, que trujo del Pirú, a la cual quería y tenía en mucho»⁹. La expedición partió un 26 de septiembre de 1560.

La unión del Marañón con el Ucayali forma el Amazonas. Pedro de Ursúa llevó consigo a su amante, una hermosa mestiza llamada doña Inés. Pronto la convirtió en motivo principal de sus desvelos, mientras su autoridad se desvanecía a los ojos de sus hombres. La ausencia de mando firme, el lento avance de la expedición siguiendo el ritmo de la pegajosa y sofocante vida selvática, la humedad implacable de la Amazonía: «Y así nos llovió todo un año que anduvimos por dicho río, sin jamás hacer buen tiempo ni escampar siquiera una docena de días; que

⁹ *Ibíd.* Crónica de Gonzalo de Zuñiga, pág. 21.

ciertamente se pusieron a mucho por no volver a tierras, ni perder sus honras teniéndolas en más que sus vidas»¹⁰. Aguirre ya había comenzado su equinoccial aventura interior. El descenso al que asistimos no es solamente un viaje a través del Amazonas, es también un tránsito del hombre al centro de sí mismo. Aguirre se impregna de la magia del lugar y repentinamente comprende que la vida de la selva es su propia vida. No en vano nos suministra Sender en su novela notas tan valiosas sobre la vida salvaje del lugar. Nos habla de las larvas de avispa que devoran lentamente una paralizada y gigantesca araña; del gran yacaré, el caimán capaz de permanecer inmóvil durante horas esperando el paso de alguna pieza; del poderoso jaguar, la terrible divinidad inca, un peligro que constantemente acecha en el fondo de la floresta. Aguirre vivía obsesionado por una firme resolución. Apenas comía. Apenas bebía. Apenas dormía.

El loco Aguirre

«Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona, nombrando su cabeza, piernas y brazos, y lo mismo sus cosas»¹¹.

Necesitaba seguidores, porque sólo no podría. Alonso de Montoya, obligado a participar forzosamente en la expedición, respiraba venganza. El ambicioso Alonso de Zalduendo aspiraba a glorias mayores que las que le deparaba su posición secundaria en el periplo. Juan Alonso de la Bandera estaba enamorado de doña Inés. El vanidoso aristócrata sevillano Fernando de Guzmán, demasiado joven y voluble, fue aleccionado por Aguirre de este modo, nos cuenta Ortiguera: «Orsúa esta tan descuidado en la conquista y población de esta tierra (...) nos quiere dejar pobres, míseros, perdidos y desventurados, a lo cual vuestra merced no debe dar lugar, mas antes es justo que lo remedie para que no venga otro mayor daño, porque la gente del campo anda triste, afligida y desconsolada, en términos de se le motinar; y si esto fuese así, no habría hombre con hombre, ni vuestra merced ni sus amigos tendrían las vidas seguras», y continúa con divertido cinismo, «Dios y el rey serían muy deservidos; la tierra quedaría sin se descubrir ni poblar, y pues vuestra merced lo puede tan bien remediar, justo es que se ponga por obra agora que tenemos el tiempo en la mano; no lo dejemos para

¹⁰ *Ibid.*, pág. 7.

¹¹ F. VAZQUEZ: *op. cit.*, 1979, pág. 148.

otros, que no sabemos lo que podrá subceder»¹². El ingenuo y pusilánime Fernando de Guzmán accedió.

«Fue este Gobernador tan perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir; y así, por ser imposible relatar sus maldades, y por tenerme por parte en mi caso, como me ternás, excelente Rey y Señor, no diré cosa más de que le matamos; muerte, cierto, bien breve»¹³. Tras la muerte de Ursúa, Aguirre propuso la firma colectiva de un documento en el que se aceptaba como nuevo gobernador a Fernando de Guzmán. El escribano Melchor de Villegas levantó acta de lo sucedido. Todos, o casi todos, firmaron. Aguirre lo hizo, llegado su turno, con el sobrenombre de «traidor». Había llegado el momento de poner en marcha la idea que había estado alimentando calladamente: la vuelta al Perú para conquistarlo, someterlo y arrebatarlo a la autoridad de Felipe II. Lo que algunos han llamado el primer grito de independencia en América.

El tirano Aguirre

¿Cómo convencer a sus hombres de las ventajas de retornar al Perú, hipnotizados como estaban por el fulgor del oro imaginario? Así nos describe Toribio de Ortiguera los ardides del astuto Aguirre para hacerse con la aprobación y la confianza de sus hombres: «El Pirú es tierra muy rica y poblada, conquistada, y no es justo dejar lo bueno y lo seguro por lo dudoso, y que yendo al Pirú iban a casas y haciendas hechas, de muchas comidas y regalos (...) y lo que tenían entre manos no sabían lo que sería, y primero que se poblase y proveyese de trigo, vacas, puercos y carneros y otras cosas de que había mucha abundancia en el Pirú pasarían muchos años; y primero que lo veamos y lo gocemos seremos muchos de nosotros muertos, o tan viejos que no lo podamos gozar; y además de ésto, somos tan poca gente para tan larga y anchurosa tarea, é no habrá enviado el rey quinientos hombres, cuando nos prendan y nos corten las cabezas a todos sin quedar hombre a vida, y ésto no será en el Pirú, porque tenemos muchos de nuestro bando que nos sustentarán para nos apoderar dél». Añade Ortiguera que «no hubo persona que osase contradecirle, unos por temor que los matasen, otros por no ser maltratados»¹⁴. Aguirre no creía en El Dorado.

¹² MAMPEL y ESCANDELL: op. cit., Crónica de T. de Ortiguera, 1981 pág. 72.

¹³ F. VAZQUEZ: op. cit., 1979, pág. 121 (Carta de Aguirre a Felipe II).

¹⁴ MAMPEL y ESCANDELL: op. cit., Crónica de T. de Ortiguera, 1981, pág. 88.

Tras la muerte de Ursúa se distribuyeron los nuevos cargos. Lope, alma de la conspiración, ostentaría el puesto de Maestre de Campo, lo que suponía ser el segundo en el mando de la expedición. Necesitaban dos nuevos bergantines. Sacaron fuerzas de donde quedaba tan poco y no descansaron hasta verlos construidos. Y tampoco entonces descansaron.

Amante ya de doña Inés, Juan Alonso de la Bandera intentaba, amparándose en la influencia que ejercía sobre el inexperto Guzmán como lugarteniente suyo que era, desbancar al pequeño Aguirre para hacerse con su cargo de Maestre de Campo. A Lorenzo de Zalduendo le nombraron capitán de la guardia y de caballería a Aguirre. Juró vengarse de la Bandera. Así lo hizo valiéndose de Zalduendo, nuevo enamorado de la hermosa viuda doña Inés... «a mí me nombraron por su Maese de Campo; y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo Rey y al capitán de la guardia, y Teniente General, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a un su capellán, clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mí, y un Comendador de Rodas, y a un Almirante y dos alférez, y otros cinco o seis aliados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos»¹⁵.

En la provincia de Machifaro, un 23 de marzo de 1561, se elabora el documento por el que se abandona definitivamente la búsqueda de la dorada quimera y se sustituye por otra quimera no menos vesánica: negar la obediencia al Rey de España, declararse en rebeldía y poner rumbo al Perú para proclamarlo independiente y jurar un nuevo soberano que sería el sevillano Guzmán. Una vez penetrasen en el Atlántico, abandonarían la línea equinoccial y se dirigirían a Panamá, desde donde bajarían al Perú. El Amazonas se erguía aún colosal y fabuloso, interminable, opaco.

Don Fernando de Guzmán nombró pajes y coperos. El sería rey, ya era rey de aquel salvaje escenario triásico. Resultó fácil manejar su vanidad antes y después de ocupar el cargo. El facilitaba la tarea de Aguirre con su ridículo deseo de congraciarse con todos y así prolongar los placeres que le deparaba su histriónico cargo. Zalduendo fue asesinado. Poco después Alonso de Montoya, el padre Henao, el mismo Guzmán. Demasiadas muertes; la gente del campo empezaba a inquietarse, envuelta en aquella pegajosa atmósfera dominada por el terror.

¹⁵ F. VAZQUEZ: op. cit., 1979, pág. 122 (Carta de Aguirre a Felipe II).

Aguirre comprendió la animadversión que comenzaba a cercarle; también comprendió que la disyuntiva era morir o seguir matando.

El blasfemo Aguirre

Zúñiga nos cuenta en varias ocasiones cómo el miedo que inspiraba a los expedicionarios con sus copiosas matanzas comenzaba a arrinconarlo. Nos muestra a un Aguirre obsesionado con el poder: «escupiéndolo y diciendo mal, y renegando de su majestad, como siempre solía (...) había jurado matar cuantos letrados topase, frailes, oidores, presidentes, obispos y arzobispos, porque decía los dichos señores tenían destruidas las Indias. También tenía jurado matar a cualquier mala mujer de su cuerpo que topase, por la menor ocasión del mundo que le diese, porque ellas decía había tantos males en el mundo, y habían muerto al gobernador por una que traía»¹⁶.

Tras la muerte de Guzmán, Lope de Aguirre «se osó llamar príncipe y su título era el más bravo y soberbio de todos cuantos se han visto hasta hoy en tirano de ninguna nación, llamándose Lope de Aguirre la ira de Dios, príncipe de la libertad y del Reino de Tierra Firme y provincias de Chile»¹⁷. Aguirre mezcló el horror con las promesas de poder y riqueza. Las muertes por garrote se sucedían y la menor de las sospechas sentenciaba. La situación había comenzado a desbordarse, la incertidumbre le había conducido al paroxismo. El mismo Ortiguera inicia su crónica, a modo de advertencia, con aquel «hombre que debía de tener trazado otro mayor daño, como astuto y sagaz, envejecido en chirinolas y desasosiegos más que todos los que allí iban»¹⁸. Breve y elocuente.

Sus seguidores, entre el miedo, el hambre, las lluvias, los mosquitos, y aquel fantasmal adalid que por primera vez les llamaba «mis marañones», le habían oído hablar de la traición que urdía Fernando de Guzmán, indigno de conducir a tantos y tan buenos soldados, de la necesidad de un caudillo fuerte. Les prometió el Perú con una confianza infinita en sí mismo. Ellos «decían a todo que era muy bien, y algunos decían que le querían más que a Dios y otras muchas herejías»¹⁹.

¹⁶ MAMPEL y ESCANDELL: op. cit., Crónica de G. de Zúñiga, 1981, pág. 22.

¹⁷ *Ibíd.* Crónica de T. de Ortiguera, pág. 109.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 68.

¹⁹ *Ibíd.* Crónica de G. de Zúñiga, pág. 29.

¿Era sincero?; «de lo fecho, muy larga cuenta y disculpa podría dar, mas no quiero al presente tratar dello; solamente quiero que nadie hable de oído ni en secreto, proque vivamos seguros y sin motines. Y tenganme buena amistad, que yo hará que salgan del Marañón otros godos que gobiernen y señoreen a Pirú como los que gobernaron a España»²⁰. Con Aguirre al frente de la expedición comenzaron a buscar la salida al mar. Vivía en constante vigilancia porque sabía que había quienes deseaban verle bajo tierra. Antes había matado para atacar, ahora lo hacía para defenderse. Dio muertes sin pasión, o tal vez con demasiada pasión... «Decía este tirano algunas veces, que ya sabía y tenía por cierto que su ánima no se podía salvar; y que estando él vivo, ya sabía que ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que había de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta el noveno cielo. Y otras veces decía que Dios tenía el cielo para quien le sirviese, y la tierra para quien más pudiese; (...) Decía que no dejasen los hombres, por miedo de ir al infierno, e hacer todo aquello que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo; y que no quería él los soldados muy cristianos ni rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma a los dados»²¹.

La suya fue un alma atormentada. Dios no era un ser superior u omnipotente, sino tan sólo un rival, un adversario digno. Dios podía ayudar a sus enemigos o ayudarle a él. Y como no fue afortunado se habituó a tratar con Dios en términos de profunda enemistad. Dedujo que la ayuda que a él se le negaba sería para sus enemigos, porque de algún lado tendría que estar, también él. Aguirre «versus» Dios.

Al fin salieron a mar abierto. Dejaron tras de sí un Amazonas sensiblemente más enrojecido con la sangre de los desleales. El traidor, el blasfemo Aguirre, emprendió, seguido de sus marañones, la marcha hacia el Caribe. Habla Sender por Lope de Aguirre: «Yo no soy de los vuestros, Señor, sino vuestro enemigo. Si no he de tener fortuna en mis planes y designios matadme ahora, pero si no me matéis dadme vientos propicios y guardad la gloria eterna para vuestros santos, que los más eran gente ruín y yo soy de otra casta»²².

²⁰ *Ibid.*, pág. 17.

²¹ F. VAZQUEZ: *op. cit.*, 1979, pág. 146.

²² R. J. SENDER: *op. cit.*, 1982, pág. 357.

Aguirre traidor

El Amazonas, como un mar irascible y turbulento, se arrastra autoritario desde la vertiente oriental andina en el Perú hasta el Atlántico, donde desembocan imponentes y múltiples sus aguas fangosas. Los marañones habían visto crecer con toda su carga onírica una promesa de poder, pareja en su grandiosidad y su miseria al fluir de uno de los más soberbios ríos del mundo.

Subieron retadores el Atlántico y llegaron a Margarita. Situada frente a la costa venezolana, a unos 30 km. del cabo de Cumaná, alcanza apenas los 60 km. de longitud. Se hicieron con la isla sin derramamiento de sangre. Necesitaban víveres. Aguirre hizo saber a los vecinos de Margarita que todos los alimentos les serían abonados en su justo valor íntegramente. «¿Cuándo?», preguntaban los saqueados; «cuando seamos señores del Perú», contestaba secamente Lope. Era preciso hacerse con un navío de guerra para llegar a Panamá tal y como habían acordado. Las naves de que disponían no podrían llevarlos hasta el Perú. Enterado Aguirre de que en el puerto de Venezuela, cerca de la isla, hallábase el navío del Padre Montesinos, mandó al capitán de su guardia —Pedro de Munguía— con dieciocho hombres a apoderarse de él. La ocasión era única. La suerte estaría de su parte.

Munguía era uno de sus hombres de confianza. De no haber sido así, de no haber tenido Lope pruebas fundadas de su fidelidad y por tanto de que era traidor al Rey, jamás le habría encomendado la misión que decidiría el éxito de la empresa marañona. Aguirre le creyó muerto. Tal vez preso. Jamás huido. Pero Munguía le abandonó para servir al Rey. Los cronistas nos hablan del desengaño de Aguirre; todos coinciden en que fue Margarita el lugar donde más muertes se produjeron. Mató al gobernador y demás autoridades; de su infinito furor no se libraron Juan de Iturriaga ni Pérez de Sarrondo, uno de sus mayores amigos, a quien había dado el cargo de Maestre de Campo. Mataba y blasfemaba con frecuencia y procacidad extravagantes.

Viendo que la nave del Provincial se alejaba sin haber desembarcado, decidió escribir él mismo una carta a Montesinos instándole a sumarse a la rebelión. En la epístola, escrita con soltura y fluidez, con una pluma sarcástica e infinitamente audaz, decía al Padre Provincial «se viniese con su gente, é irse ian a Pirú é le harían Papa»²³. El poder. Las crónicas nos cuentan cómo en estos momentos andaba Aguirre más

²³ MAMPEL y ESCANDELL: op. cit. Crónica de G. de Zúñiga, 1981, pág. 24.

temeroso y desconfiado que nunca. Los soldados andaban asustados, comenzaban a vislumbrar un desdichado final, a temer por sus vidas, a lo que se añadía el perdón que el Padre prometía a todos los que abandonasen al traidor y se pasasen a su sacrosanta bandera, acogién-dose a la protección real. De poco sirvieron las palabras que Aguirre envió a Montesinos, sus reflexiones, su delirio: «A los traidores Dios les dará pena, y a los leales el Rey los resucitará, aunque hasta ahora no vemos que el Rey ha resucitado alguno, ni da vidas ni sana heridas»; por todo ello «los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear con los espíritus de los hombres muertos; y los soldados de vuestra paternidad nos llaman traidores, debelos de castigar, que no digan tal cosa, porque acometer a don Felipe, rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo; porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden a la vida; más por nuestros hados, no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre»²⁴.

Comunicó a sus marañones sus nuevos planes. Desembarcarían en la costa venezolana y llegarían al Perú atravesando Venezuela, Nueva Granada y Quito. Si alguno quisiera pasarse al servicio del Rey podría estar seguro, primero, que le mataría; segundo, que el Rey no vendría a resucitarlo.

Era el final y Aguirre lo sabía. En Venezuela le esperaban las tropas reales, avisadas de los planes del desleal vascongado por Pedro de Munguía. Lope confeccionó entonces la bandera bajo la que lucharían sus marañones. Una bandera negra con dos espadas púrpura cruzadas en su centro. Luto y sangre. Tal vez el estandarte de un visionario que preparaba cuidadosamente su final. El 31 de agosto de 1561 salieron 160 hombres con 100 arcabuces, 6 falconetes, 3 caballos y un mulo... «Llegó el cruel tirano al puerto de Burvurata, a cinco días del mes de septiembre, y en saltando a tierra quemó los navíos en que fue, que eran cuatro y otro que halló en el puerto, y mató allí en la playa a un soldado que se le quería huir, el cual mató a lanzadas»²⁵. Burvurata y Nueva Valencia fueron ocupadas sin mayores problemas ya que habían sido previamente abandonadas por sus habitantes, aterrados ante la llegada de Aguirre. Descansaron antes de proseguir la marcha hacia Barquisimeto.

²⁴ F. VAZQUEZ: op. cit., 1979, pág. 89 (Carta de Aguirre al Padre Provincial).

²⁵ MAMPEL y ESCANDELL: op. cit. Crónica de G. de Zúñiga, 1981, pág. 27.

Pero no podrían llegar al Perú. Eran pocos, se sabían perdidos y no deseaban morir. Aguirre comenzó a gozar el fracaso con la punta de sus chamuscados dedos. Aquel hombre que había soñado Perú había sabido también aliarse con la muerte por si su sueño se desvanecía a arcabuzazos. Quiso que un último documento cerrase el capítulo final de aquella existencia tan deformada y firme como su mismo cuerpo «mal agestado». El honorable Felipe II no permanecería ajeno a su sueño. Se le ocurrió algo insólito: una carta al monarca. Se inicia austera y correcta. Continúa con acusaciones sin cuento en un tono melancólico y sombrío: «Avisote, rey español, que he salido de hecho, con mis compañeros (...), de tu obediencia, desligándonos de nuestra tierra que es España, para hacerte en éstas la más cruda guerra que vuestras fuerzas puedan sustentar y sufrir (...) Rebelde a tu servicio como yo y mis compañeros lo somos ahora y lo seremos hasta la muerte»²⁶.

Continúa exponiendo con crudeza la corrupción que se vive en estas tierras, en la cual los gobernadores no viven sino para su personal provecho, los frailes son gente pervertida y lasciva, hipócritas ensotandados: «Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes, que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presuma de menos que de gobernador. Mira, mira, Rey, no les creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante tu Real persona, es para venir acá a mandar. Si quieres saber la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos de la Iglesia por prescio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios; de manera que, por mínimo que sea un fraile, pretende mandar y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, Rey y Señor; porque destas cosas y malos exemplos, no está imprimida ni fijada la feé en los naturales». Y aclara, «y ésto dígolo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos de tí misericordia»²⁷.

Expone del mismo modo los episodios más cruentos y destacados de la travesía de los marañones. Nada oculta porque nada espera. Deja constancia de su rebeldía, su único testamento, ninguna otra cosa posee. Se permite licencias sorprendentes: «Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuésedes, ninguno podría ir al cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, según teneis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana; mas no

²⁶ F. VAZQUEZ: op. cit., 1979, págs. 116-117.

²⁷ *Ibid.*, págs. 119-120.

me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamais siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco; y vuestro gobierno es aire»²⁸. Hermoso.

Concluye «Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud. Lope de Aguirre, el Peregrino»²⁹. Por primera vez, cercana la muerte, se llamó de este modo. Ya no es el loco, el cojo, el traidor. Ya no blasfema; queda tan sólo el hombre errabundo, cansado de recorrer un camino duro e inconcluso.

Peregrino. El ocaso de un rebelde

«...el estampido torrencial de un trueno que deshiló la madeja de tus nervios, un clamoroso cataclismo y resquebrajó las rocas que cubrían tu mínima figura, tu pobre alma rodó por erizados precipicios y páramos azules atravesó desiertos circundados de aullidos de lobas feroces y leones acosados...»³⁰

Se dirigieron a Barquisimeto. La hallaron casi despoblada. Diego García de Paredes y Pedro Bravo de Melina se organizaron con las fuerzas leales a la Corona, dispuestas a sofocar aquel capricho de un loco contra el Rey más poderoso. Las desertiones se convirtieron en un flujo continuo. Diego Tirado, el mejor oficial de Lope, fue el primero en huir. Los desertores golpeaban doblemente a las menguadas huestes marañonas, no sólo debilitaban las filas de Aguirre, sino que además informaban a los escuadrones del Rey de la deprimente situación en que se hallaban las fuerzas rebeldes.

Pero el equinoccial guerrero no pensaba ya en él, pues sabía que sólo le restaba morir. Hay cosas más importantes que la vida y la muerte, y ahora pensaba en Elvira. ¿Podría olvidar algún día que era la hija del traidor Aguirre?, ¿olvidarían que era el fruto mestizo de Lope de Aguirre, el desleal, el tirano, el cojo, el loco Aguirre? El se marcharía y su hija Elvira quedaba allí para el resentimiento, la mofa y la lascivia de tanto bellaco como poblaba las Indias. La honra. Nos cuenta Francisco Vázquez: «viéndose casi sólo, desesperado el diablo, en lugar de arrepentimiento de sus pecados, hizo otra crueldad mayor que las

²⁸ *Ibíd.*, pág. 118.

²⁹ *Ibíd.*, pág. 123.

³⁰ M. OTERO SILVA: *op. cit.*, 1979, pág. 343.

pasadas, con que echó el sello a todas las demás; que dió de puñaladas a unas sola hija que tenía, que mostraba quererla más que a sí»³¹

Mientras tanto García de Paredes entraba en Barquisimeto. Se dirigió a donde estaba Aguirre. Aterrado ante la escena exclamaría «¿Habeis matado a vuestra propia hija?», a lo que Aguirre, tal vez, respondió «Sí, yo la maté; lo pude hacer porque era mi hija, y es la mejor cosa que hice. Mi hija no servirá de colchón a tanto rufián y tanta gente ruín como hay por estas tierras». Le instó a entregar las armas y así lo hizo. Todo había terminado; pero prestaría declaración, se sabrían uno a uno los nombres de los que le habían servido. Con ello aceleró su muerte. Había marañones desertores allí presentes que pensaron acabar con él antes que los condenase a todos para siempre. Custodio Hernández y Esteban Galindo apuntaron mortalmente a Aguirre.

«...bandera negra signada por lenguas rojas el hombre humano que osare mirarme a los ojos perderá para siempre la memoria me alejo media legua y vuelvo luego fatalmente a las ruinas de la casa de Damién de Barrios mis rugientes quejidos desgarran la piel de la noche no me queda de mi niña Elvira sino el recuerdo de la sangre que empapaba su corpiño amarillo.»³²

Lope de Aguirre murió un 27 de octubre de 1561. Como después de muerto seguía inspirando terror, su cuerpo fue hecho cuartos y repartido por Barquisimeto. Dicen que su cabeza quedó en Tocuyo. Murió el soldado tan leal como traidor, rebelde, peregrino traicionado. Su nombre aparece invariablemente teñido de sangre. Traicionado al morir y después de muerto por algunos cronistas endebles y por historiadores livianos. Yo no hago historia, sólo devuelvo algunas de las imágenes que evocan y evocarán siempre hombres como éste. Cronistas y novelistas son, tal vez, una y la misma ficción. Asesino, valeroso, inteligente, vil, blasfemo, sagaz, cruel, neurótico y maldito. Lope de Aguirre, tu historia habrá de repetirse una y mil veces. Como todo.

Sevilla, 25 de febrero de 1989.

³¹ F. VAZQUEZ: op. cit., 1979, pág. 144.

³² M. OTERO SILVA: op. cit., 1979, pág. 345.